

El carácter colaborativo del proyecto Country Europa

se extiende en este cuaderno de trabajo. Hemos solicitado a algunos colaboradores externos que aportasen una serie de textos que cubran asimismo las áreas temáticas que acabamos de transitar: actualidad de los regímenes de reclusión y fronterizos, nuevas figuras de la segregación espacial y las problemáticas del “trabajo creativo”. **José Ángel Brandariz y Agustina Iglesias** nos han aportado un texto que analiza la yuxtaposición de las lógicas clásicas de poder disciplinario y de los sistemas de control avanzados, tanto en el lugar de confinamiento paradigmático que es la prisión, como en los sistemas de regulación globales del tránsito de las poblaciones a través de las fronteras. Si la prisión buscaba ser, en su modalidad disciplinaria clásica, un dispositivo que produjera la normalización de los individuos y su reintegración a una conducta reglada, la cárcel parece ser hoy el lugar donde se materializa de manera más evidente cómo el binomio disciplina/control se aplica más bien sobre la tipificación de diversos sectores de la población como potencialmente peligrosos. El régimen de reclusión adquiere por tanto una función preventiva aplicada sobre determinados grupos poblacionales. **Maristella Svampa** nos brinda un texto donde constata las disfunciones que ha acabado por experimentar esa tipología de comunidad hiperprotegida que es el country argentino, extendiendo el análisis de los barrios privados a una explicación de cómo el amurallamiento de un territorio para demarcar un adentro (seguro) y un afuera (inseguro) se puede considerar una imagen general de la segregación espacial contemporánea en relación con las nuevas jerarquías de clase y/o de origen nacional, cultural o étnico. **Brian Holmes** hace arrancar su texto a partir de una imagen casi de ficción distópica (un encuentro de amigos en un hogar situado en una antigua zona industrial atravesada ahora por procesos inmobiliarios especulativos; durante esa fiesta privada, al anochecer, helicópteros de policía barren el área sometiéndola a vigilancia con sus focos), para señalar las ambivalencias de una “clase creativa” cuya actividad oscila permanentemente entre la sujeción a los nuevos mecanismos de explotación y la autonomía a la hora de crear procesos sociales potencialmente independientes de los nuevos poderes. Plantea también una pregunta importante que conecta con este proyecto: ¿cómo activar la politización del “trabajo creativo” para evitar que las clases creativas metropolitanas se conviertan en una nueva clase media estabilizadora de los conflictos o en un instrumento de las nuevas jerarquías y segregaciones sociales?

The collaborative nature of the project Country Europa

continues in this working notebook. We have asked a few external collaborators to contribute a series of texts that offer different takes on the thematic areas that we have just passed through: the current state of border and confinement regimes, new types of spatial segregation, and the problematic issues that arise from “creative work.” The text by **José Ángel Brandariz and Agustina Iglesias** analyses the juxtaposition of the classic logic of disciplinary power with advanced systems of control, looking at the paradigmatic example of internment - the prison - and at systems for the global regulation of the movement of populations through borders. While in its classic disciplinary mode the prison sought to be a dispositif that would bring about the normalisation of individuals and their re-integration into regulated behaviour, today's prison seems to have become the clearest materialisation of the fact that discipline/control is now applied onto the typification of different sectors of the population as potentially dangerous. The confinement regime thus takes on a preventative role, applied to particular population groups. **Maristella Svampa** contributes a text in which she describes the dysfunctions that have come to affect the hyper-protected communities known as countries in Argentina. She extends her analysis of private neighbourhoods to explain how the walling-in of a territory to define an inside (safe) and outside (unsafe) can be seen as an overall image of contemporary spatial segregation in relation to the new hierarchies of class and/or national, cultural and ethnic origin. **Brian Holmes** begins his text with an image that could almost be a dystopic fiction (a gathering of friends at a house in what used to be an industrial area, and is now subject to gentrification processes; during this private party, as night falls, police surveillance helicopters sweep the area with floodlights), in order to point out the ambivalence of a “creative class” whose activity constantly fluctuates between their subjection to new mechanisms of exploitation and their autonomy in creating new social processes that are potentially independent from the new powers. It also raises an important question that connects with this project: how do we activate the politicisation of “creative labour” in order to prevent urban creative classes from becoming a new middle class that serves to stabilise conflicts, or an instrument of new social hierarchies and segregations?

Dinámica del enclave y muros de la exclusión

MARISTELLA SVAMPA

El paradigma de la seguridad y del control encuentra uno de sus dispositivos más generalizados en el muro. Tres ejemplos diferentes pueden servirnos de ilustración. El primero se refiere a la aprobación, en 2005, por parte del Senado norteamericano, de la construcción de un muro de 1.200 km en la frontera entre Estados Unidos y México, a fin de evitar la “migración ilegal”. Pese a los rechazos que tal medida ha generado, el muro –que ya se erige entre Tijuana y San Diego– ha avanzando en su construcción y se prevé que costará a Estados Unidos más de 6.000 millones de dólares.

El segundo caso se refiere a lo ocurrido en Melilla, en octubre de 2005, ciudad autónoma situada en la frontera de Marruecos, donde se produjo un “asalto de inmigrantes” sobre la valla erigida por el Estado español. En esa ocasión, cinco personas de origen subsahariano perecieron cuando más de 500 inmigrantes intentaban atravesar la frontera hasta ese enclave español. Tras el “incidente”, el gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero movilizó 480 soldados para reforzar a la Guardia Civil en estos pasos fronterizos. Al menos 400 inmigrantes subsaharianos, capturados por el ejército marroquí en la frontera con Melilla, fueron deportados a una zona desértica de ese país, sin ninguna asistencia, ni agua ni comida, según denunció la asociación Médicos sin Fronteras.

El tercer ejemplo nos retrotrae a la Patagonia Argentina, a la pequeña localidad de Caleta Olivia, en la provincia petrolera de Santa Cruz, donde a mediados de 2005 la empresa Termap (Terminal Marítima Petrolera) levantó un paredón de más de tres metros de alto “coronado con doble alambrado de púas y custodiada por agentes encapuchados”, según el periódico conservador *La Nación* (19/06/2005), el único que dio cuenta del hecho. Esa fue la solución que las empresas aglutinadas en Termap (una asociación entre Repsol YPF, Pan American Energy, Vintage Oil y Shell) encontraron para poner fin a los sucesivos reclamos y ocupaciones de piqueteros (desocupados), muchos de ellos mujeres, que demandaban trabajo y protección social para sus hijos. “El muro de Caleta”, que el citado diario bautizó como “muro

antipiquete”, aparece como la culminación de otros mecanismos y dispositivos de segregación ya implementados por las empresas multinacionales en otras zonas petroleras, como en las localidades de Tartagal y Mosconi (en la provincia norteña de Salta), donde surgieron las primeras organizaciones de desocupados hacia 1997. Pero en diferentes modalidades son utilizados por las corporaciones mineras, en varios países latinoamericanos, a través del emplazamiento de un sistema de barreras, vallas y guardias privados que obstaculizan e impiden el acceso a vías públicas y a numerosos lugares enclavados en las altas montañas, hasta hace pocos años abiertos a cualquier ciudadano.

A esta enumeración, que nunca podría ser exhaustiva, habría que agregar otros ejemplos más resonantes a nivel internacional, como el muro de Cisjordania, construido por el Estado de Israel amparándose en el “derecho a la autodefensa”, o los paredones levantados en las favelas brasileñas de Río de Janeiro, llamados muros “de la discordia”, que estarán terminados a fines de 2010 y tendrán 11 km de largo y tres metros de alto, cuyo objetivo es impedir el avance de los asentamientos ilegales y supuestamente “proteger la naturaleza”, esto es, los cerros de la zona sur, la parte más turística de la ciudad.

Algunos se preguntarán qué hay de común entre los ejemplos reseñados. Sucede que, por encima de sus inflexiones particulares, todos ellos ilustran una nueva lógica de reterritorialización del poder, que va reconfigurando geopolíticamente el espacio contemporáneo bajo la tipología del “enclave”. En un libro publicado en 2007, *ARCHIPIÉLAGOS Y ENCLAVES. ARQUITECTURA DEL ORDENAMIENTO ESPACIAL CONTEMPORÁNEO*, el italiano Alessandro Petti sostiene que “la ciudad y el territorio contemporáneo se están modificando según un preciso diseño espacial dictado por el paradigma de la seguridad y del control. Tal diseño es evidente en los territorios ocupados palestinos, pero está presente, en diversa forma y con intensidad diferente, en otros contextos geográficos. Islas residenciales *off-shore* (Dubai), ciudades turísticas (Sharm El Sheikh), *gated communities* –urbanizaciones privadas– (Estados Unidos), *bypass freeway* (Los Angeles, Toronto, Melbourne), centros de internamiento para extranjeros (Europa), en cumbres mundiales (G8), son algunas de las posibles declinaciones de un modelo espacial que he denominado archipiélago–enclave”.

Sin embargo, mucho más que la forma “archipiélago” (que, en definitiva es una red interconectada de enclaves), hoy nos encontramos ante la forma “enclave”, como

dispositivo medular, cuya expansión va reconfigurando las fronteras del espacio contemporáneo. En efecto, mientras el archipiélago designa un sistema de islas conectadas, el enclave es simplemente una isla en sí misma, separada o segregada del resto del espacio, sea social o nacional. De este modo, la hipótesis del enclave, como conceptualización general, tiene la ventaja de abarcar una serie de fenómenos urbanos contemporáneos, los cuales, más allá de estar atravesados por diferentes lógicas y modalidades, presentan un rasgo común: el de constituirse en espacios o zonas de excepción, donde la extraterritorialidad es la regla.

Los campos de internamiento como espacios de excepción

“¿Acaso no hay campos de internamiento en América Latina?”, me preguntó en dos oportunidades Paolo Oddi, un joven abogado penalista, miembro de la asociación Estudios Jurídicos para la Inmigración, una organización dedicada a la defensa de inmigrantes extracomunitarios. La pregunta de mi anfitrión, formulada en 2008, durante una estadía que realicé en la ciudad de Milán, daba cuenta menos de mi sorpresa que de la naturalización de una situación a decir verdad muy poco natural, en una Europa donde las fronteras entre xenofobia y racismo son cada vez más porosas.

En realidad, como afirma Enrica Rigo en su libro *EUROPA Y SUS CONFINES* (2007), hay que aclarar que existen dos Europas. Así, existe una Europa que apunta a la construcción de una ciudadanía plena, a través de dispositivos jurídicos que abarcan a los Estados miembros, y mediante una legislación de “vanguardia” que pretende erigirse en fuente de nuevo derecho, sugiriendo el horizonte de una identidad postnacional. Por otro lado, existe una segunda Europa, más material, “estructuralmente abierta” como diría Sandro Mezzadra, que extiende sus fronteras hacia el sur y el este, sacudidas por los fuertes movimientos migratorios. Sobre estas fronteras móviles hoy se despliegan nuevos dispositivos de exclusión y diferentes tecnologías de control focalizadas sobre los cuerpos de los inmigrantes extracomunitarios.

Así, en la última década, el continuo flujo migratorio de los países del sur hacia el norte rico, fue afirmando una red global de internamiento que hoy supera las fronteras europeas, en la cual se insertan los campos de internamiento, especialmente erigidos para los inmigrantes ilegales, indocumentados y refugiados, en el marco de

una concepción que los considera como población “excedente” o “sobrante”, algo que se ha visto agravado con la crisis económica financiera global. En estos centros, Europa concentra a los migrantes “sin papeles”, en un limbo legal que precede a su judicialización, castigo y posible expulsión. El carácter de espacio segregado de estos campos, lejos de toda mirada incómoda o fiscalizadora, facilita el ocultamiento, así como la flagrante violación de derechos humanos, varias veces denunciado por diferentes organizaciones humanitarias.

Según Hanna Arendt, los campos de internamiento son aquellos lugares “subrogados del territorio nacional, en donde son confinados los individuos que no pertenecen a él”. Están segregados, no se rigen por las leyes del país y tienden a convertirse en un lugar con “soberanía en sí mismo”. Asimismo, los campos tienen una matriz común: son espacios de “suspensión” de los derechos; lugares extrajudiciales de reclusión. No hace mucho tiempo, Giorgio Agamben advertía también que “el campo es el espacio que se abre cuando el Estado de excepción comienza a devenir la regla”. La suspensión temporal de un orden jurídico-político en base a una situación ficticia de peligro, deja así de ser transitoria y se convierte en permanente.

Lo cierto es que los campos como dispositivos centrales del control y el disciplinamiento presentan un carácter cambiante y dinámico. Sin embargo, en tanto zonas de excepción, en un contexto en el cual guerras, pobreza y migración se incrementan y aparecen interconectados, no son pocos los que piensan que dicho dinamismo puede comportar la aparición de figuras extremas, en sus nuevas modalidades: así, si ayer fueron los campos de exterminio nazis, hoy el caso emblemático es Guantánamo, la prisión “extraterritorial” que Estados Unidos mantiene en Cuba, por fuera del derecho internacional y de toda asistencia humanitaria.

En Europa existe toda una nueva tipología, que incluye desde campos abiertos, semiabiertos y centros de detención hasta las temidas zonas de “espera” en comisaría, puertos y aeropuertos, que preceden a la expulsión inmediata (como sucede sobre todo en Francia y España). En cada lengua cuentan con una denominación propia: en España son Centros de Internamiento para Extranjeros (CIE), en inglés Transit Processing Centres (TPC) y en italiano eran Centri di Permanenza Temporanea (CPT) hasta que Berlusconi, quien llegó por segunda vez al gobierno en 2008, sancionó un paquete de leyes antiinmigrantes que los rebautizaron de manera más descarnada y directa como Centri di Identificazione ed Espulsione (CIE).

Aunque los datos son incompletos, en 2007, la red Migreeurop (<http://www.migreeurop.org/>) afirmaba que existen 174 centros, diseminados en veinticinco estados europeos. Otras fuentes sostienen que serían unos 240, si tenemos en cuenta que desde hace un tiempo la Unión Europea habría comenzado a externalizar el trabajo sucio para contener la oleada inmigrante, creando campos en países fronterizos o de tránsito, como en Libia y Ucrania, a cambio de ayuda económica y acuerdos comerciales. Más preocupante resulta aún recordar que, en julio de 2008, el Parlamento de la Unión Europea, reunido en sesión extraordinaria en Estrasburgo, aprobó un nuevo régimen de migración, que apunta a restringir el flujo migratorio y amplifica los dispositivos punitivos en relación al tratamiento y repatriación de los inmigrantes irregulares. La Directiva extiende la detención en los centros de internamiento para inmigrantes por un máximo de 6 meses, prorrogable a 18 meses, así como la prohibición de readmisión por 5 años para los expulsados. Incluye además la posibilidad de reclusión de menores, aunque prevé la posibilidad de acceso a los centros por parte de ONGs y el derecho de los inmigrantes a una asistencia legal. Vale la pena agregar que los únicos en quejarse frente a tal situación de discriminación fueron los gobiernos latinoamericanos, con Evo Morales a la cabeza, quien escribió una lúcida carta donde la denominaba “Directiva de la vergüenza”, en la cual recordaba a los europeos que hasta la Segunda Guerra Mundial fueron un continente que debió elegir el camino de la migración, al tiempo que evocaba la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que los propios europeos se jactan de haber impulsado.

Por otro lado, el endurecimiento de la política migratoria no puede hacernos olvidar que, si bien todos los inmigrantes extracomunitarios son iguales, algunos son más iguales que otros, como quedó evidenciado en Italia con el “paquete de seguridad” ya citado, aprobado en 2008. En esa ocasión, una funcionaria distinguió con claridad entre “el inmigrante–recurso” y el “inmigrante–problema”. Así, en la primera categoría entran las **badantes** (las encargadas de cuidar a los ancianos y discapacitados), que, junto con los **coif** (expresión eufemística que designa a las “colaboradoras domésticas”, desde cocineras a servicio de limpieza), forman un ejército auxiliar femenino proveniente de países extracomunitarios. Se trata de mujeres de mediana edad, que pagan un alto costo de “integración” al Primer Mundo: el abandono de sus propias familias en sus países de origen, a las cuales mantienen con el dinero que envían, para dedicarse al cuidado de otros. En el otro extremo se instala el “inmigrante–problema”, encarnado por los rom, los pueblos gitanos, con quienes “la historia nunca fue generosa”, como consigna el título de un informe de Coordi-

namento di Iniziative Popolari di Solidarietà (CIPSI), una red de ONGs. Basta recordar que, según el Museo de la Memoria del Holocausto de Nueva York, el número de gitanos muertos durante la Segunda Guerra Mundial llegaría a un millón, sobre todo en los campos de exterminio nazi. Hoy habría unos 10 millones en Europa, que provienen de Rumania, de los países que componían la ex Yugoslavia y otras regiones de Europa Oriental. Para la opinión pública, los pueblos gitanos aparecen como el caldo de cultivo de toda suerte de delitos: a la vez chivos expiatorios y clases peligrosas, los gitanos sintetizan la alteridad cultural y la improductividad económica. Recientemente, a mediados de 2010, el gobierno francés de Nicolas Sarkozy inició una expulsión sistemática de gitanos provenientes de Rumania y Bulgaria (dos países a los cuales, pese a componer la Unión Europea, se les exige visa).

En suma, no es la sola existencia de los campos de detención lo que revela la dimensión de la migración (la diáspora) como tragedia humanitaria a escala mundial, sino la escalada inédita de dispositivos de control y de castigo diferenciado, una espiral que confirma la elección de un sendero peligroso hacia la sistemática violación de derechos humanos, por parte de los países europeos, en su voluntad por erigir a cualquier precio “un muro contra la inmigración clandestina”.

Urbanizaciones privadas y dispositivos de control

Es cierto que en América Latina no existen campos de internamiento, pero en contrapartida la región exhibe cárceles sobrepobladas de pobres y, cada vez más, urbanizaciones cerradas, en donde residen las poblaciones privilegiadas, y los muros se multiplican a fin de separar las poblaciones ricas de las llamadas clases peligrosas. Así, mientras la extensión de la forma enclave en Europa se realiza bajo la inquietante figura del “campo”, delimitando las nuevas modalidades de control y disciplinamiento en las relaciones Norte–Sur, al interior de las sociedades del llamado Sur subdesarrollado estos nuevos dispositivos de control aparecen ilustrados sobre todo por las urbanizaciones cerradas. Pero mientras los campos de internamiento están regidos por una lógica de reclusión, las comunidades cercadas se erigen como máquinas de exclusión. Así y todo, en ambos, la tendencia a la segregación y la extraterritorialidad parece ser la regla.

También acá encontramos una toponimia local: **gated communities** en Estados Unidos, condominios en Chile, fraccionamientos o comunidades cercadas en Méxi-

co, condominios fechados en Brasil, barrios cerrados y countries en Argentina. Con todo, por encima de las diferentes modalidades nacionales, este tipo de urbanizaciones, inspiradas en el modelo norteamericano de la vivienda unifamiliar y de la seguridad privada, se han expandido notablemente en las últimas décadas. En San Pablo, por ejemplo, se ha registrado una rápida expansión de estos enclaves cerrados, verdaderas fortalezas de lujo en el corazón de una de las ciudades más ricas y más grandes del Brasil. En la Argentina de los años noventa, countries y barrios privados se expandieron en un contexto de notorio aumento de las desigualdades sociales, cuyo telón de fondo fue la reconfiguración del Estado, a partir del vaciamiento de lo público y la mercantilización (privatización) de servicios básicos como la salud, la educación y la seguridad. Convertida en un valor de cambio, la seguridad se convirtió en un bien caro y cada vez máspreciado, cuya sola posesión marca desde entonces fuertes fronteras sociales, y más aún, diferentes categorías de ciudadanía. Así, los residentes de urbanizaciones cerradas representan el triunfo de un modelo liberal de ciudadanía de corte patrimonialista, montada, por un lado, sobre la figura del ciudadano propietario, y, por otro, sobre la exigencia de autorregulación, uno de los leitmotifs de la sociedad liberal en la época de la globalización. Asimismo, este estilo de vida residencial implica la puesta en acto de una frontera espacial, que se sostiene sobre la rotunda separación entre “el adentro” y “el afuera”, evitando así la mezcla propia de cualquier espacio abierto, e instalando de facto modelos de “justicia privada” que apuntan a reforzar el carácter extraterritorial de las nuevas urbanizaciones, propias de la dinámica del enclave.

Frente a la expansión de la brecha urbana, en las antípodas de las urbanizaciones cerradas encontramos los ghettos pobres, que cobijan a los excluidos del sistema. Sin embargo, una de las notas más significativas no es sólo la acentuación de los contrastes, sino la expansión de los barrios enrejados, donde residen las clases medias y medias-bajas, cuya tendencia al acantonamiento defensivo, visible a través de las rejas cada vez más altas, la multiplicación de paredones y garitas de vigilancia, viene a confirmar la generalización del paradigma del control y la seguridad. Por ello, no es casual que en varios países latinoamericanos hayan surgido movimientos en reclamo por mayor seguridad, los cuales suele conjuntar amplios sectores sociales perjudicados por el aumento de los secuestros extorsivos, los delitos contra la propiedad y los robos seguidos de asesinatos. Así, estas marchas y convocatorias, apoyadas e impulsadas por los grandes medios de comunicación, que interpelan al estado como responsable de la situación de inseguridad, han generado respuestas espasmódicas

de parte del poder político a través del endurecimiento de la legislación penal y de programas de seguridad, que disponen una mayor presencia policial en la vía pública y una creciente militarización de los barrios carenciados. Como afirma María Emilia Tijoux, “el temor recorre las ciudades modificando tanto las políticas de estado como el rostro de la sociedad”. Las denuncias sobre actos de “violencia urbana” se multiplican, lo cual moviliza los servicios policiales en torno a una intensa vigilancia de los sectores populares, a la vez que se observa una creciente represión de la venta ambulante, los actos molestos y considerados “desviados” de los jóvenes, y la presencia de niños en las calles. En este contexto, el estado ha venido fortaleciendo una matriz represiva y criminalizadora. Surge así un “estado de seguridad” y, en el límite, un “estado penal”, que apunta a la criminalización de la pobreza, lo cual se operativiza a través de las instituciones policiales. Con ello, la figura de la peligrosidad social tiende a concentrarse en los jóvenes pobres, habitantes de barrios marginales, quienes son considerados como una suerte de nueva “población sobrante”.

En fin, pese al carácter aparentemente inexpugnable de las urbanizaciones privadas, como lo muestra el caso de la Argentina, tanto los crímenes cometidos “puertas adentro”, como la ola de secuestros y robos cometidos desde “el afuera”, han terminado por derribar el mito de la fortaleza inviolable, propia de los años noventa, y con ello la ilusión de seguridad absoluta. Un hecho que viene a confirmar que, más allá de la fragmentación social, de la existencia de islas, de universos autorreferenciales, con sus espacios específicos de consumo, trabajo y sociabilidad protegida, la lógica del enclave está lejos de configurar un sistema libre de fugas.



El enclave como forma típica del paradigma del control y de la seguridad, y el muro como dispositivo mayor, van modulando y redefiniendo varios de los nodos problemáticos de la sociedad contemporánea: tanto aquel que se refiere a las relaciones entre el Norte rico y el Sur empobrecido, como el de las relaciones de clase al interior de las diferentes sociedades nacionales. Para una Europa bajo las turbulencias de los dobles discursos, esta recreación perturbadora de la figura del “campo” al interior de sus sociedades y allende sus fronteras, constituye un problema ético y humanitario, y al mismo tiempo una solución “práctica”, para el tratamiento siempre cambiante

y diferenciado de la inmigración, lejos de cualquier mirada pública fiscalizadora y en medio de la indiferencia de los ciudadanos europeos. Sin embargo, ninguna de estas medidas abiertamente represivas parece desalentar el flujo constante de la inmigración proveniente del Sur y del Este, que va configurando una nueva sociedad europea, culturalmente mestiza aunque profundamente desigual en sus categorías ciudadanas.

Mientras tanto, en América Latina se multiplican las urbanizaciones privadas y se levantan nuevos muros, al tiempo que colapsan las cárceles, sobrepobladas de jóvenes pobres, ante un estado proclive a adoptar diferentes formas del populismo penal, en un escenario donde escasean las políticas integrales y donde la izquierda, como en otras latitudes, suele presentar un vacío propositivo frente a tales temas. Por último, resulta claro que la forma enclave potencia –y se nutre– del avance de lo privado sobre lo público, sea que éste ilustre un dispositivo de control y disciplinamiento sobre las poblaciones consideradas “peligrosas”, sea que éste se manifieste como un dispositivo de apropiación –se trate de una empresa o de un agente privado– que avanza decididamente sobre el espacio público. Así, la expansión de una lógica de enclave debe ser leída como una estrategia de apartheid de las poblaciones –y países– más pudientes, en un contexto de aumento de las desigualdades y la exclusión y, a la vez, como una inflexión importante en la reconfiguración de la relación entre lo público y lo privado, a saber, como una expresión más, un avance cada vez más ambicioso en el proceso de expropiación y colonización de lo público por lo privado.

Bibliografía

- Giorgio Agamben, ESTADO DE EXCEPCIÓN (HOMO SACER II, 1), Pre-Textos, Valencia, 2004.
- Hanna Arendt, LOS ORÍGENES DEL TOTALITARISMO, Taurus, Madrid, 1999.
- Alessandro Petti, ARCIPELAGHI E ENCLAVE. ARCHITETTURA DELL'ORDINAMENTO SOCIALE CONTEMPORANEO, Bruno Mondadori, Milán, 2007.
- Sandro Mezzadra, LA CONDIZIONE POSCOLONIALE, STORIA E POLITICA NEL PRESENTE GLOBALE, Ombre Corte, Verona, 2008.
- Enrica Rigo, EUROPA DI CONFINI. TRASFORMAZIONE DELLA CITTADINANZA NELL'UNIONE ALLARGATA, Meltemi, Roma, 2007.
- Maristella Svampa, LOS QUE GANARON. LA VIDA EN LOS COUNTRIES Y BARRIOS PRIVADOS, Biblos, Buenos Aires, 2001.
- Maristella Svampa, LA SOCIEDAD EXCLUYENTE. LA ARGENTINA BAJO EL SIGNO DEL NEOLIBERALISMO, Taurus, Buenos Aires, 2005.

María Emilia Tijoux, “CÁRCELES PARA LA TOLERANCIA CERO: CLAUSURA DE POBRES Y SEGURIDAD DE CIUDADANOS”, en Última década, n° 16, Centro de Investigación y Difusión Poblacional Achupallas, Viña del Mar, marzo de 2002.

Muros ubicuos, fronteras porosas

JOSÉ ÁNGEL BRANDARIZ GARCÍA Y AGUSTINA IGLESIAS SKULJ

En 1990 Gilles Deleuze publicó en una revista francesa de difusión general un breve texto, titulado "POST-SCRIPTUM SOBRE LAS SOCIEDADES DE CONTROL", que iba a tener una repercusión intelectual muy superior a la que cabría esperar de su forma de aparición.

Apenas un lustro antes, la prematura muerte de Michel Foucault había dejado inconcluso el desarrollo de su análisis sobre los diagramas de poder y de gobierno de individuos y poblaciones a través de las tecnologías de control y castigo. Sin duda, un momento mayor de ese análisis había sido la publicación, en 1975, de VIGILAR Y CASTIGAR, donde el autor desarrolla la teorización, mediante su habitual método genealógico, de los dispositivos disciplinarios. No obstante, existían claros indicios de que Foucault no había agotado en aquel texto fundamental su teorización sobre la materia, sino que entendía que cabía constatar la presencia de una lógica posterior al momento álgido de las disciplinas. Con todo, y salvo la excepción representada por el último capítulo de LA VOLUNTAD DE SABER (1976), se trataba apenas de indicios diseminados en textos y entrevistas breves.

Precisamente por ello resulta comprensible que el sucinto análisis realizado por Deleuze sobre las sociedades de control en aquel artículo de hace dos decenios, lograra gran impacto. No en vano, el filósofo francés sugería algunas claves de lectura para pensar un diagrama de control posterior al disciplinario. Entre ellas se encontraban la idea de que el control desborda los tradicionales lugares de encierro, para diseminarse por el conjunto de los espacios sociales, o que en la actualidad se concentra de forma específica en el gobierno (ambiental) de la movilidad, convertida en rasgo caracterizador básico de los grupos de riesgo del presente. En consonancia con ello, perdía centralidad la pretensión de normalización de los individuos, elemento nuclear de la lógica disciplinaria, algo estimado tan inviable como inidóneo, y sustituido por el objetivo de gestión de grupos poblacionales, más consonante con la racionalidad del biopoder.

Sin duda, los apuntes avanzados en aquel texto representaban –y representan– claves de lectura extremadamente sugerentes para pensar el poder y el control en el tiempo postmoderno. Al margen de otras consideraciones, la apelación de Deleuze a los mecanismos telemáticos de control de la movilidad como arquetipo de las medidas de gestión del riesgo en las sociedades de control resultaba consonante con la tesis, de cierta difusión en ámbitos anglosajones, de progresiva pérdida de centralidad –material y simbólica– de la prisión.

Menos comprensible es que se interpretase el análisis deleuziano –como efectivamente se hizo– en el sentido de una definitiva clausura de la etapa disciplinaria, de modo que la normalización dejaría de tener sentido alguno en el momento postmoderno, como consecuencia de su sustitución completa por las racionalidades de gestión de la movilidad propias de la época de control.

Es posible que ese error epistemológico se halle en la base de la difusión, durante los últimos lustros, de una inadecuada perspectiva de análisis del gobierno de los migrantes, un punto de vista que ha pecado de una falta de distanciamiento de las retóricas oficiales en la materia. Dicha perspectiva es la que subyace al empleo de expresiones tan frecuentes como Europa fortaleza¹. No en vano, se trata de una óptica aquejada de cierta unidimensionalidad, incapaz de percibir la afirmación en materia de fronteras de formas (neo)disciplinarias de gobierno biopolítico.

Pues bien, la perspectiva de análisis mencionada es la que considera que, concluida la etapa de la normalización disciplinaria, las políticas de control de fronteras tratan a los sujetos migrantes simplemente como aliens, vidas humanas móviles destinadas apenas a la exclusión del territorio europeo. De este modo, las fronteras, más allá de ciertos procesos mecánicos de desplazamiento espacial, continuarían apareciendo como líneas rígidas, orientadas a la delimitación dicotómica de espacios interiores y exteriores, y preordenadas a la exclusión de los aliens. De este modo –como sucede en análisis como los de Zygmunt Bauman, Andrea Mubi Brighenti o Alessandro Dal Lago– los sujetos migrantes aparecerían simplemente como elementos funcionali-

¹ El uso de la expresión puede verse, a modo de referencia, en fortresseurope.blogspot.com, uno de los portales de mayor relevancia en materia de control de migrantes en Europa. Al margen de las críticas que la locución merece, no cabe negar que tiene una evidente valencia simbólica, en cuanto pone de manifiesto los ecos xenófobos de la política de control de fronteras, al retomar una expresión empleada por los nazis en el contexto de la Segunda Guerra Mundial.

zados a la recuperación de la legitimidad institucional, del estatus de las fronteras, de la cohesión social o de las identidades nacionales, en suma, del nuevo gobierno estatal de lo social a través de la seguridad.

No cabe negar que este planteamiento, consonante con las retóricas oficiales, parece inmediatamente deducible de la consagración de los centros de internamiento y de las medidas de expulsión como elementos básicos de gobierno de los migrantes en territorio europeo. Tampoco parece baladí el hecho de que haya podido adquirir autoridad como consecuencia de análisis de gran difusión, como el que realiza Giorgio Agamben sobre los centros de internamiento. Sin embargo, cabe prestar atención a quienes –como Judith Butler o Michael Hardt y Antonio Negri–, sobre todo en el último periodo, han señalado que el análisis agambeniano peca de un exceso de unidimensionalidad y apoliticidad en el análisis de los dispositivos de poder y control (de los migrantes). Ante estas insuficiencias, parece procedente retornar a un concepto de poder más complejo, microfísico y conflictivo, que incluya a las resistencias –en este caso, a la agencia de los migrantes– como el de Foucault.

En efecto, la referencia a Foucault en este punto es, de nuevo, más que pertinente. En 2004 se produce la publicación en francés de sus cursos en el Collège de France correspondientes a 1978 y 1979 (fundamentalmente, SEGURIDAD, TERRITORIO Y POBLACIÓN y NACIMIENTO DE LA BIOPOLÍTICA) lo que va a determinar, en pocos años, la afirmación de un claro cambio de perspectiva en los análisis sobre el poder y el control que parten de este vector del pensamiento postestructuralista. Dichos textos permiten, finalmente, una aproximación más detenida y completa al análisis foucaultiano de los diagramas de poder.

A partir de estos textos queda definitivamente evidenciado el error epistemológico aludido con anterioridad. La fase posterior al momento álgido de las disciplinas, ya se denomine sociedad de control, sociedad de seguridad o gubernamentalidad, no supone un momento de clausura y superación de la lógica normalizadora. Lejos de ello, el control presenta hoy formas híbridas, en las que conviven la gestión (lógica de control o de seguridad), la normalización (lógica disciplinaria) y –también– la exclusión (lógica soberana).

Esta consideración permite aproximarse con mayor profundidad a la compleja racionalidad de gobierno de los migrantes en el tiempo contemporáneo. Y ello entre

otras funcionalidades, ya que también facilita la comprensión, frente a lo augurado en algún momento, de la pervivencia de la prisión, hoy acomodada a una teleología básicamente excluyente con la que conviven formas novedosas de reintegración normalizadora, y ya habituada a compartir el espacio de control con un conjunto de medidas mucho más amplio que las que la acompañaron en las tecnologías del castigo durante buena parte de la modernidad.

Por lo demás, intentar comprender la racionalidad de control contemporánea desde la perspectiva de gobierno de la vida de los migrantes no resulta en absoluto irrelevante, ya que es probable que en dicho ámbito quepa identificar un verdadero laboratorio biopolítico, en el que se prefiguran tendencias de potencial proyección ulterior sobre el conjunto de la población (así lo postulan autores como Alessandro De Giorgi, Maurizio Lazzarato o Peter Miller y Nikolas Rose, si bien el propio Foucault ya sustentaba esa tesis de la hibridación o superposición de diversas racionalidades o diagramas de control en un mismo momento histórico).

Desde la perspectiva híbrida de las racionalidades de gobierno anteriormente mencionada puede comprobarse, en primer lugar, que el estatuto de la frontera ha cambiado. Continúa siendo un confín de gestión de la exclusión (y, por tanto, de la inclusión), pero ha experimentado una transformación de notable relevancia, que podría ser descrita –siguiendo a Paolo Cuttitta– mediante la metáfora del paso de la frontera–línea a la frontera–punto. La frontera deviene punto, en primer lugar, porque se flexibiliza, experimentando procesos constantes de desterritorialización y reterritorialización. En segundo lugar, abandona el modelo de línea porque deja de delimitar espacios de acuerdo con la rígida dicotomía exterior–interior. En tercer lugar, y sobre todo, la frontera se acomoda al modelo flexible del punto por convertirse en confín tanto –o más– interior que exterior. En efecto, cada vez resulta más evidente que para los migrantes la frontera ha dejado de ubicarse en los límites de los Estados, y se disemina de forma ubicua a lo largo de todo el territorio, con una permanente capacidad de hacerse efectiva: esta transformación de la forma–frontera no solamente ha sido señalada por un gran número de autores –entre los que se cuentan nombres tan diversos como Étienne Balibar, Sandro Mezzadra, Saskia Sassen o Paul Virilio–, sino que también queda demostrada en la vida cotidiana por los controles policiales constantes, la carencia de derechos laborales, las dificultades para el acceso a la vivienda y a otras necesidades básicas, o las manifestaciones capilares de xenofobia. Podría incluso sugerirse que cada sujeto migrante lleva la frontera inscrita consigo

adonde quiera que desplace, a modo de una nueva territorialidad ad personam.

Todo ello debe conducir a una matización de lo previamente apuntado. La política de control de fronteras se sustenta en la lógica de la exclusión del otro, funcional a la cohesión social (de los autóctonos), a la desactivación de disensos y a la renovación de las identidades comunitarias. No obstante, tanto o más que ello, en la política migratoria europea, y en sus dispositivos específicos, como la expulsión, el centro de internamiento o una prisión que va progresivamente oscureciéndose², subyace –como señalan tanto Sandro Mezzadra y Brett Neilson como Michael Hardt y Antonio Negri– una dinámica de inclusión diferencial y subordinada. No en vano, en la gubernamentalidad contemporánea es tan necesaria la funcionalidad soberana de exclusión de la alteridad, como el filtrado selectivo que permite la gestión de los flujos migratorios. Al margen de otra serie de consideraciones de carácter demográfico, esa inclusión subalterna facilita el empleo masivo de trabajo vivo migrante en condiciones de suma flexibilidad y explotación, de acuerdo con las necesidades de un sistema productivo crecientemente postfordista. Dicho de otro modo, a los migrantes se les aplica la vertiente más severa del nuevo régimen que se ha venido a denominar Workfare, es decir, el régimen en el que va derivando actualmente el tránsito del modelo de regulación socioeconómica en el que se tendía a garantizar bienestar incluso en situaciones y periodos de no acceso al empleo –el clásico Welfare–, al modelo más contemporáneo en el que ni siquiera el cumplimiento de un trabajo asalariado asegura la superación de los umbrales de la pobreza y la satisfacción de las necesidades básicas.

En suma, la política de control de fronteras incorpora elementos nucleares de normalización de los sujetos migrantes. En este sentido, en plena etapa de las sociedades de control (o de seguridad) se muestra como un dispositivo (neo)disciplinario, que, en la medida en que no se proyecta sobre cada sujeto individual, sino sobre el conjunto de la población migrante, presenta un carácter netamente biopolítico.

La fortaleza no es, en suma, la metáfora arquitectónica que nos permite leer las claves del gobierno biopolítico de fronteras y migrantes. Lo es mucho más el country, o las otras formas de closed/gated communities difundidas en las transformaciones

²A modo de referencia, el porcentaje de extranjeros entre la población reclusa en septiembre de 2008 era el 69,7% en Suiza, el 49,3% en Grecia, el 42,6% en Austria, el 41,1% en Bélgica, el 37,4% en Italia o el 35,3% en España.

urbanas de las dos últimas décadas. Sus características de obsesión por la seguridad, de una opulencia aquejada de mixofobia, de porosidad de los muros, de integración subalterna mediada por las necesidades de trabajo vivo, de jerarquía racializada, nos hablan de la verdadera naturaleza de los confines y fronteras del presente.

Bibliografía

- Giorgio Agamben, HOMO SACER, Pre-Textos, Valencia, 1998.
- Étienne Balibar, NOUS, CITOYENS D'EUROPE?, La Découverte, París, 2001
- Zygmunt Bauman, MODERNIDAD LÍQUIDA, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002.
- Andrea Mubi Brighenti, TERRITORI MIGRANTI. SPAZIO E CONTROLLO DELLA MOBILITÀ GLOBALE. Ombre corte, Verona, 2009
- Judith Butler y Gayatri Chakravorty Spivak, ¿QUIÉN LE CANTA AL ESTADO–NACIÓN?, Paidós, Buenos Aires, 2009.
- Paolo Cuttitta, SEGNALI DI CONFINE. IL CONTROLLO DELL'IMMIGRAZIONE NEL MONDO–FRONTIERA, Mimesis, Milán, 2007.
- Alessandro Dal Lago, NON–PERSONE. L'ESCLUSIONE DEI MIGRANTI IN UNA SOCIETÀ GLOBALE, Feltrinelli, Milán, 2004.
- Gilles Deleuze, "POST–SCRIPTUM SOBRE LAS SOCIEDADES DE CONTROL", CONVERSACIONES, Pre-Textos, Valencia, 1995.
- Alessandro De Giorgi, EL GOBIERNO DE LA EXCEDENCIA. POSTFORDISMO Y CONTROL DE LA MULTITUD (2002), Traficantes de Sueños, Madrid, 2006
- Andrew Dilts y Bernard E. Harcourt, "DISCIPLINE, SECURITY AND BEYOND: A BRIEF INTRODUCTION", en Carceral Notebooks, Vol. 4, 2008 (http://www.thecarceral.org/cn4_dilts-harcourt.pdf).
- Michel Foucault, VIGILAR Y CASTIGAR, Siglo XXI, Madrid, 1990 (18ª ed.).
- Michel Foucault, HISTORIA DE LA SEXUALIDAD. 1. LA VOLUNTAD DE SABER, Siglo XXI, Madrid, 1992 (20ª ed.).
- Michel Foucault, HAY QUE DEFENDER LA SOCIEDAD, Akal, Madrid, 2003.
- Michel Foucault, SEGURIDAD, TERRITORIO, POBLACIÓN, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006.
- Michel Foucault, NACIMIENTO DE LA BIOPOLÍTICA, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.
- Michael Hardt y Antonio Negri, COMMONWEALTH, Harvard University Press, Cambridge, 2009.
- Maurizio Lazzarato, POR UNA POLÍTICA MENOR. ACONTECIMIENTO Y POLÍTICA EN LAS SOCIEDADES DE CONTROL, Traficantes de Sueños, Madrid, 2006.
- Sandro Mezzadra, DERECHO DE FUGA. MIGRACIONES, CIUDADANÍA Y GLOBALIZACIÓN, Traficantes de Sueños, Madrid, 2005.
- Sandro Mezzadra y Brett Neilson, "BORDER AS METHOD, OR, THE MULTIPLICATION OF LABOUR", TRANSVERSAL: BORDER, NATIONS, TRANSLATIONS, junio de 2008 (<http://eipcp.net/transversal/0608/mezzadraneilson/en>).
- Peter Miller y Nikolas Rose, GOVERNING THE PRESENT, Polity Press, Cambridge, 2008.
- Emmanuel Rodríguez, EL GOBIERNO IMPOSIBLE. TRABAJO Y FRONTERAS EN LAS METRÓPOLIS DE LA ABUNDANCIA, Traficantes de Sueños, Madrid, 2003.

Saskia Sassen, UNA SOCIOLOGÍA DE LA GLOBALIZACIÓN, Katz, Buenos Aires, 2007.

Paul Virilio, CIUDAD PÁNICO, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2006.

Slavoj Žižek, FIRST AS TRAGEDY, THEN AS FARCE, Verso, Londres, 2009.

Cables y alambres. Tejedores de redes en la sociedad de control

BRIAN HOLMES

Unos amigos me invitaron hace poco a una barbacoa al aire libre en su nueva casa, un antiguo taller de reparación de máquinas elevadoras sito en un distrito industrial y residencial del centro de Baltimore. Acabábamos de terminar un seminario sobre las finanzas electrónicas y la crisis a cámara lenta del capital global. Los últimos rayos del sol destellaban en las alambradas, nubes plateadas de un ciclón incrustado en las vallas erigidas por los comerciantes para proteger su bienes. Algo más tarde, cuando la bebida circulaba ya tan fluida como la conversación, unos helicópteros de la policía acudieron con sus reflectores a rastrillar el gheto circundante. Es la rutina de Baltimore, me dijeron. Y nuestra conversación volvía a centrarse una y otra vez en el nuevo hogar de mis amigos y en qué sucedería con este lugar, en si acaso el futuro de los activistas comunitarios podría ser diferente de jugar el papel de “pioneros urbanos”, o si quizá no puede ser otro el destino de los reconstructores blancos de barrios negros despedazados. Los distritos gentrificados del centro de la ciudad se sitúan poco más allá de donde estábamos, al otro lado de los puentes de la autopista.

Los enclaves lujosos rodeados de vallas de seguridad y con entradas protegidas por guardias son un rasgo omnipresente de los escenarios urbanos y suburbanos contemporáneos. Pero en lo que quiero centrarme ahora no es en ese paisaje material de privilegio, sino en los paisajes mentales donde las brillantes alambradas se mezclan intermitentemente con la luz pulsátil de las redes de comunicación. En la década de 2000, la gran historia de amor del nomadismo digital desembocó en la ambivalente consciencia del nuevo tipo de precariedad a la que se enfrentan hoy los sujetos productivos, las multitudes postmodernas cuyos deseos se suponía que habrían de tramarse libremente con la maraña planetaria de cables de fibra óptica. El colapso de la propiedad inmobiliaria ha desencadenado una nueva ola de pioneros urbanos independientes, que sienten con toda intensidad cuáles son los límites económicos y existenciales instalados en este “espacio liso” de la globalización financiera. Las redes se han afilado como cuchillas en esta época. Las zonas de inclusión y exclusión que esas redes definen son tan ágiles, móviles e hiperindividualistas como los mundos del riesgo calculado que también configuran. En mi cabeza resuena la pregunta

de si se pueden crear espacios comunes en ese paisaje de dominios privados y señales aisladas y entrecruzadas.

Merece la pena recordar cómo se ha llegado a esta conciencia ambivalente, porque el desarrollo de las mentalidades, como también el de las tecnologías, depende no sólo de las circunstancias sino también de los caminos que se decide tomar. Las mentalidades se encapsulan en formas ideológicas, pero se basan en las decisiones relativamente arbitrarias que se adoptan al inicio, cuando se tienen enfrente varios horizontes posibles. Hace una década, en un texto que titulé “La personalidad flexible”, intenté desandar los pasos del proceso en el cual, mediante giros sutiles, los valores contraculturales de las décadas de 1960 y 1970 –con su énfasis en la espontaneidad, la creatividad, la cooperación, la diversidad y la apertura a toda experiencia presente– se fueron naturalizando como atributos deseables de una fuerza de trabajo empresarial capaz de producir beneficios a partir de las re combinaciones lingüísticas que caracterizan la economía del conocimiento. Lo que surgió después en los años ochenta y noventa, como una especie de formación de compromiso entre la crítica cultural y las necesidades empresariales, fue un ideal-tipo del trabajador intelectual y afectivo, inteligente, amistoso, móvil, conectado, inventivo; nominalmente autónomo, aunque en realidad estuviera atado a una infraestructura digital que posibilita tanto intensificar la productividad como imponer una ubicua vigilancia **on-the-job**. Por supuesto que el trabajador flexible era también un consumidor voraz, sobre todo de tecnologías informáticas de red sobre las cuales se fundaba la “nueva economía”.

Esta figura del prosumidor flexible era una cuidadosa creación de los empresarios y los publicitarios; aun así, fue deseada con ardor y vivida con pasión por miles, más tarde por millones de personas que ya no querían seguir aceptando la combinación de disciplina, restricción e hipocresía que requirió formar generaciones de trabajadores industriales y administrativos. Los gestos escandalosos de los años sesenta –particularmente en el dominio de la sexualidad, la expresión personal y la excentricidad cultural– se volvieron significantes codificados en una jerarquía simbólica de poder económico en la que la “creatividad” era la fórmula mágica, la llave que abría cualquier puerta, como una figura de mediación entre el concepto empresarial de innovación y la imagen bohemia de la libertad artística.

En una economía **high-tech** con mercados de consumo sofisticados, la creatividad

empresarializada era directamente productiva en campos como el diseño, la producción de imagen, la publicidad y el entretenimiento, tal y como los autonomistas italianos comenzaron a observar a mediados de los noventa. Aun así, esta productividad directa –que es la base híbrida, teóricamente incontrolable de lo que Toni Negri llama “ontología del trabajo vivo”– era sólo una parte de la imagen. Al inicio del boom de la globalización, la creatividad individual era también el signo anunciador de ganancias potenciales; el equivalente, en capital humano, de una patente prometedor, de unas acciones en bolsa “calientes” o de una compañía **start-up**. “Ser creativo” era poner en escena este potencial humano para disfrute de la mirada especuladora, al igual que un modelo desfila en la pasarela o un joven pintor cuelga su obra en una céntrica galería de arte. La teoría queer que sigue las ideas de Judith Butler maneja la noción de **performatividad** para definir una singularidad corporeizada, dotada de carga ética y, al mismo tiempo, perversamente escurridiza, abierta a un devenir múltiple. Pero la **performance** de la subjetividad adquirió un valor completamente nuevo al verse protegida bajo el invernadero de la globalización financiera, dado que en ésta las manifestaciones culturales se convierten en el significante de un posible valor monetario. Se hizo cada vez más evidente que las oleadas de inversión inmobiliaria podían transformar núcleos urbanos enteros, inmersos en plena decadencia industrial –como Manchester o Buenos Aires– o empantanados en el crimen y el subdesarrollo –como Río, Bombay o Lagos–. Y es entonces cuando las élites locales comenzaron a cultivar con atención esa flor de invernadero, mediante el procedimiento de transformar determinados distritos habitados por tentadoras criaturas exóticas. Una vez allí instaladas, unos pocos adornos chillones de arquitectura postmoderna proporcionaban el escenario urbano en el que habrían de tener lugar una serie potencialmente infinita de **performances** especulativas, mediante las cuales las subjetividades aspirantes buscaban alcanzar la tremenda riqueza virtual que fluía a través de los circuitos informatizados del intercambio comercial global.

El **crash** que la nueva economía sufrió en el año 2000, seguido del **crash** terrorista contra las torres del World Trade Center, pusieron fin al primer ciclo especulativo de la era globalizada. Un ideal-tipo diferente –el oscuro **doppelgänger** de la personalidad flexible– surgió de las cenizas y ha seguido evolucionando hasta el presente. Esta nueva figura es el “guerrero supercapacitado”, encumbrado por los comandos de Al Qaeda, y que tomó cuerpo hace tiempo en las figuras de los agentes de los servicios secretos anglo-estadounidenses, los mercenarios **hi-tech** y las tropas de las fuerzas especiales del ejército durante las campañas militares de Irak y Afganistán.

tán, cuyos equipamientos, presupuestos y misiones, así como las instituciones que los apoyan, han experimentado una tremenda expansión en el curso de la década pasada. Esa misma década fue testigo del boom industrial de todo tipo de sistemas de seguridad imaginables, tanto para aplicaciones militares como también para usos empresariales y civiles. Aún más inquietante resulta el hecho de que el diseño de vehículos urbanos dirigibles a distancia y robots armados empezase a alcanzar el nivel de la producción para entonces ya extendida de aviones sin piloto. Las máquinas y los seres humanos eran ahora elementos perfectamente integrados en un sistema maquínico flexible que no opera sobre la base de los deseos, sino de órdenes codificadas. Las subjetividades maleables y apetitosas de los años ochenta y noventa están en las antípodas de esta renaciente disciplina del guerrero, a la que ya no animan solamente las señales fluctuantes de las tecnologías cibernéticas, sino que está totalmente obsesionada con alcanzar de una manera implacable los blancos que le son programados.

Al comienzo de las guerras de la era Bush, los teóricos tanto de izquierda como de derecha comenzaron a proclamar el advenimiento de un nuevo imperialismo, acompañado de una profunda reestatización de la economía que habría de llevar al olvido la fiebre financiera cosmopolita. El péndulo parecía haber oscilado del trabajo inmaterial a los pies en el suelo, o de un flamante electrocapitalismo a, de nuevo, el viejo capitalismo expropiador y extractivo. No obstante, como sabemos, la interrupción del boom especulativo fue sólo temporal; los mercados de valores se lanzaron pronto a una enloquecida carrera, y durante la fase de la “megagentrificación”, entre 2003 y 2008, la conexión oculta entre la base sólida del suelo urbano y las abstracciones de las finanzas virtuales se hizo obvia para todo el mundo. No menos obvia resultó ser la violencia con la que los deseos estéticos y las aspiraciones adquisitivas de millones de performers precarios pueden hacerse añicos en un abrir y cerrar de ojos, mientras que los *cyborg-traders* financieros siguen barriendo, como crupiers en la mesa de juegos de un casino donde la banca siempre gana. Pareciera que la tendencia oportunista y expansiva del capitalismo contemporáneo albergara en sí un doble depredador que va devorando a contracorriente la riqueza que produce. ¿Cómo entender este principio aparentemente contradictorio que ha gobernado la economía política global en el curso de la pasada década?

Podríamos encontrar una respuesta en el concepto de “dispositivos de seguridad” que introdujo Michel Foucault en fecha tan temprana como 1978, en *SEGURIDAD, TE-*

RRITORIO, POBLACIÓN, el primero de sus dos cursos sobre la genealogía del neoliberalismo. Al examinar el tratamiento que en el siglo XVIII se daba a las plagas, a las hambrunas y, sobre todo, a la circulación urbana, Foucault descubrió una lógica muy diferente de aquella de las instituciones disciplinarias que habían sido su preocupación durante los años iniciales de la década de los setenta. De lo que se dio cuenta, justo antes de la llegada de Thatcher y Reagan al poder, es de que podemos encontrar los fundamentos de un arte liberal de gobierno en los análisis estadísticos de la población en libertad, cuando ciertos comportamientos libremente elegidos (por resultar placenteros, provechosos o saludables) se ven reforzados mediante la creación de regulaciones e infraestructuras diseñadas para permitir que tales comportamientos se expresen en formas purificadas y optimizadas. Así, el tránsito rodado en una ciudad no se debería restringir ni constreñir en nombre de la disciplina o del mando soberano, sino que, en lugar de eso, se debería fomentar su fluidez siendo canalizado discretamente hacia las pautas que generen la mayor cantidad de beneficios comerciales, permitiendo así una dinámica clara y predecible de crecimiento urbano. Las desviaciones de este patrón de comportamiento no se deberían castigar sistemáticamente, sino más bien analizar cuál es su grado de disrupción con el fin de ignorarlas si resultan intrascendentes. Sólo se prohíben los comportamientos directamente dañinos, reprimiendo a sus autores, no sobre la base de principios morales o ideológicos, sino de acuerdo con criterios estrictos de funcionalidad y contabilidad. El objetivo del gobierno liberal no es castigar, transformar o salvar a los individuos, sino sencillamente “reducir las normalidades más desfavorables y desviadas en relación a la curva general de normalidad”.

Foucault llega tan lejos como a decir que se equivocó al afirmar, años antes, que las disciplinas eran el “lado oscuro” coercitivo de las libertades de la Ilustración, los mecanismos efectivos del poder bajo la superficie idealista de la teoría liberal. En lugar de eso, ahora sostenía que “la libertad no es otra cosa que un correlato del despliegue de los dispositivos de seguridad”. Esta afirmación paradójica, formulada con extrema ironía, se ha visto verificada en la lógica del paradigma policial que han introducido las campañas antiterroristas de la era Bush. Esa lógica se extendió de manera inmediata, con frecuencia a través de las compañías de seguridad privadas, hasta llegar a abarcar todo tipo de perfiles “desviados”, en una caza de brujas racionalizada que ha llegado a representar por sí sola un significativo sector económico. El control como tal es una industria creciente, un patrón que ha de ser optimizado. Lo que Foucault no llegó a prever es cuán cancerígeno llegaría a ser este patrón en nuestra época, ahora

que el “arte de gobierno” neoliberal ha entrado en crisis. Porque, al mismo tiempo que las operaciones militares y policiales se multiplican, las estrategias financieras depredadoras –que también dependen del análisis de patrones estadísticos en la población– se vuelven igualmente invasivas, generando la ruina económica de las antiguas clases medias y precipitando a cada vez más individuos hacia posiciones de potencial desvío, por lo cual requieren ser controlados policialmente. Sobrecoge la propagación casi instantánea de este círculo vicioso a través del mundo conectado en red, con sus consecuencias profundas para las multitudes de individuos afectados. Con cada nuevo estallido del caos en los circuitos de intercambio, se intensifica el sentimiento doloroso y paradójico de estar atrapados en las alambradas de un flujo electrónico, hasta el momento en que la empedernida ideología empresarial estalle, esparciendo en el caos sus componentes humanos aislados.

En los momentos de caos, pánico y desorden, cuando fracasan las identidades hegemónicas, la pregunta ¿qué podríamos mantener en común? se vuelve intensamente política. Tal pregunta acucia ahora a los trabajadores en red precarios, cuya movilidad física y social los lleva a entrar en contacto tanto con las finanzas depredadoras como con la insanía racionalizada policial y militar, especialmente –aunque no sólo– en las fronteras internacionales. Para los artistas y “creativos” que se encuentran en las inmediateces de esos lugares, lo que ahora importa no es explorar la hibridación productiva ni –menos aún– la creatividad personal. El potencial ontológico del trabajo vivo puede ser también fácilmente canalizado, “optimizado”, vuelto contra sí mismo. Lo que, en cambio, adquiere importancia son los procesos de resubjetivación –es decir, otra modelación de sí– mediante la producción de solidaridades, o al menos de intercambios culturales experimentales que atraviesen las divisiones de clase, raza, nacionalidad, y el resto de las barreras de rango y privilegio que se han visto multiplicadas en años recientes. Los proyectos en los que participan Marcelo Expósito y Verónica Iglesia –y también otros como los de Baltimore Development Cooperative, a quienes me refería al comienzo– pueden ser observados bajo esta luz. Dotados de un caluroso espíritu de generosidad y una aguda conciencia de las contradicciones que se deslizan en las posiciones que adoptan, hay miembros de las antiguas clases medias que ahora trabajan en los intersticios de los territorios urbanos fracturados y en los patrones laberínticos de la circulación bajo control que nos han sido legados por el gobierno liberal (ahora en serio declive). Qué caminos se tomen a través de estas ruinas es una decisión que ya no depende de los modelos forcluidos del pasado, sino de las condiciones para cooperar, que en el presente son frágiles pero constituyen

posibilidades abiertas. Como si la utopía de otros mundos posibles sólo pudiera ser construida mediante el conocimiento existencial de los lugares reales y de la gente que los habita.

Dynamics of the Enclave and Walls of Exclusion

MARISTELLA SVAMPA

One of the most prevalent dispositifs of the paradigm of security and control is the wall. We can illustrate this claim with three examples. The first concerns the approval by the United States Senate, in 2005, of the construction of a 1,200km wall along the US–Mexico border, for the purpose of preventing “illegal immigration.” In spite of the negative response to this measure, construction is progressing, and the wall – which already stands between Tijuana and San Diego – is expected to cost the United States over six billion dollars.

The second case regards the events that took place in 2005 in Melilla, an autonomous city on the Moroccan border, when immigrants “stormed” the fence erected by the Spanish State. Five people of Sub–Saharan origin died when more than 500 immigrants attempted to cross the border and enter this Spanish enclave. In response to this “incident,” the socialist government led by José Luis Rodríguez Zapatero mobilised 480 soldiers to reinforce the Civil Guard at these border crossings. According to reports by the humanitarian organisation Médicos sin Fronteras, at least 400 Sub–Saharan immigrants captured by the Moroccan army on the border with Melilla were deported and abandoned in a desert area with no assistance, water or food.

The third example takes us back to the small town of Caleta Olivia in the oil province of Santa Cruz in Argentinean Patagonia, where, in mid 2005, the company Termap (Terminal Marítima Petrolera) erected a thick wall more than three meters high, “crowned with double barbed wire and watched over by hooded guards,” according to the conservative newspaper *La Nación* (19/06/2005), which was the only paper to run the story. The wall was the solution arrived at by the Termap group (an association between Repsol YPF, Pan American Energy, Vintage Oil and Shell) in order to put an end to the ongoing consecutive complaints claims and squattings by (unemployed) picketers, many of them women, who demanded work and social security for their children. The “Caleta Wall,” which *La Nación* dubbed the “anti–picket” wall, was the culmination of a series of segregation measures and mechanisms that had previously

been implemented by multinational companies in other oil areas such as the towns of Tartagal and Mosconi (in the Northern province of Salta), where the first unemployed workers’ organizations were formed around 1997. They had also been used as strategies, in different guises, by mining companies throughout Latin America, through the placement of systems of barriers, fences and private security guards that hinder and prevent access to public roads and many places located in high mountainous areas that had been openly accessible to citizens up until a few years ago.

This short list, which could by no means be exhaustive, should also mention other examples with a greater international impact, such as the West Bank wall that the State of Israel built, purportedly within its “right to self–defence,” or the walls erected in the Brazilian favelas at Rio de Janeiro. These so–called “walls of discord” that are expected to be finished in late 2010 will be eleven kilometres long and three metres high, and are intended to prevent the spread of the illegal settlements and supposedly “protect nature,” that is, the hills of the Southern area, the part of the city that attracts the most tourists.

At this point, some readers may be wondering what the examples mentioned have in common. The fact is that, beyond the specific variations of each case, they all illustrate a new logic of the reterritorialization of power, which is geopolitically reconfiguring contemporary space according to the typology of the “enclave.” In his 2007 book *ARCHIPELAGOES AND ENCLAVES. THE ARCHITECTURE OF THE CONTEMPORARY SPATIAL ORDER*, the Italian author Alessandro Petti claims that “the city and contemporary territory are changing according to a well–determined spatial model dictated by the paradigm of security and control. This spatial model is evident in the Palestinian Occupied Territories, but it is also present, declined in various ways and degrees of intensity, in other geographic contexts. Offshore residential islands (Dubai), holiday camps (Sharm El Sheikh), gated communities (USA), bypass freeways (Los Angeles, Toronto, Melbourne), asylum–seeker transit centres (Europe), and gated–off world summits (such as the G8), are just some of the different applications of a spatial model that I have called the **archipelago–enclave**.”

However, what we are currently up against is not so much the “archipelago” model (which is ultimately a network of interconnected enclaves), but that of the “enclave,” a medullar **dispositif** that, as it expands, is reconfiguring the boundaries of contemporary space. In fact, while the term “archipelago” refers to a system of connected

islands, an enclave is simply an island in itself, separated from the surrounding social- or nation-space. The enclave hypothesis, as a general concept, thus has the advantage of encompassing several contemporary urban phenomena that share a common trait, in spite of being shot through by different logics and modalities: they constitute spaces or zones of exception, in which extraterritoriality is the rule.

Internment Camps as Spaces of Exception

“Are there no internment camps in Latin America?” I was asked on two occasions by the young criminal lawyer Paolo Oddi, a member of the Estudios Legales para la Inmigración (Legal Studies for Immigration) association, which works to defend non-European Union migrants. The question posed by my host during my stay in Milan in 2008 is revealing not because of my surprise, but because it shows the naturalization of a situation that is by no means natural, in a Europe in which the boundaries between xenophobia and racism are increasingly porous.

As Enrica Rigo proposes in her book *EUROPE AND ITS CONFINES* (2007), we should actually clarify that there are in fact two Europes. One that strives towards full citizenship, through legal mechanisms that embrace all the member States, and through “cutting-edge” legislation that envisages itself as the foundation for a new law, evoking a future post-national identity. And a second, more material Europe that is “structurally open,” as Sandro Mezzadra would say, and projects its borders to the South and the East, shaken up by strong migratory movements. New *dispositifs* of exclusion and different technologies of control targeted at the bodies of non-EU migrants are deployed on these mobile borders at present.

Over the last decade, the constant migratory flow from countries of the South to the rich North gradually led to the establishment of a global network of internment that has exceeded European borders. It includes internment camps specially built for illegal and undocumented migrants and refugees, as part of a conceptual framework that sees them as “surplus,” a situation that has worsened with the global financial crisis. These centres are where Europe assembles its undocumented migrants, in a legal limbo that is the precursor to their legal processing, punishment, and possible expulsion. The spatially segregated nature of these camps, away from any inconvenient

or auditing gaze, allows concealment and the flagrant violation of human rights, as has been denounced several times by different humanitarian organisations.

According to Hannah Arendt, internment camps are “substitutes for a homeland, for the confinement of individuals who do not belong to it.” These segregated spaces are not subject to the laws of the country, and tend to become “sovereign unto themselves.” Furthermore, the camps share a common matrix: they are spaces where rights are “suspended” - extrajudicial sites of enclosure. Giorgio Agamben also recently pointed out that the “camp is the space that is opened up when the state of exception becomes the rule,” when temporary suspension of a legal-political order based on a fictitious situation of threat ceases to be transitory and becomes permanent.

The nature of camps as key *dispositifs* of control and discipline is certainly flexible and dynamic. Nevertheless, many people believe that as zones of exception, in a context of increasing and seemingly interconnected wars, poverty and migration, this very dynamism can lead to the emergence of extreme figures, in their new modalities: yesterday it was the Nazi extermination camps, today the emblematic case is Guantánamo, the “extraterritorial” prison run by the United States in Cuba, outside the bounds of international law and humanitarian aid.

In Europe, there is a whole new typology that spans from open and semi-open camps and detention centres to the dreaded “waiting” areas at police stations, ports and airports, which are the prelude to immediate expulsion (particularly in France and Spain). Each language has its own terms for these: in Spain they are Centros de Internamiento para Extranjeros (Internment Centers for Foreigners) (CIE), in the UK Transit Processing Centres (TPC), and in Italy they were Centri de Permanenza Temporanea (Provisional Stay Centers) (CPT) until Berlusconi, who came to power for the second time in 2008, passed an anti-migration legislation package that renamed them with the starker and more direct Centri di Identificazione ed Espulsione (Identification and Expulsion Centres) (CIE).

Although complete data was not available, a 2007 report by the Migreeurop [<http://www.migreeurop.org/>] network claimed that there are 174 centres spread throughout twenty-five European states. Other sources maintain that the number is closer to 240 if we take into account the fact that the European Union has been outsourcing its

dirty work of holding back the migration wave for some time now, creating camps in bordering or transit countries like Libya and the Ukraine in exchange for economic aid and trade agreements. More worrying still, at an extraordinary session held in July 2008, the European Union Parliament approved a new migration regime that aims to restrict the migratory flow and toughens punitive mechanisms for the processing and repatriation of irregular migrants. The Directive extends the period during which migrants can be held in detention centres to a maximum of six months, extendable to eighteen months, and increases the ban on readmission to five years for those who are expelled. It also allows for the confinement of minors, although it does envisage the possibility of NGOs accessing the centres, and migrants' right to legal aid. It is worth noting that the only outcry in response to this discriminatory situation came from Latin American governments, led by Evo Morales, who wrote a lucid letter where he named this new legal regime "The Directive of Shame." In it, he reminded Europeans that up until World War II Europe was the continent forced to choose the path of migration, and also appealed to the universal declaration of human rights, which, as its promoters, Europeans are so proud of.

In any case, the toughening of migration policy should not make us forget that while all non-EU migrants are equal, some are more equal than others, as Italy's "security legislation package" clearly showed. When it was passed in 2008, a civil servant made a clear distinction between a "resource-immigrant" and a "problem-immigrant"... The first category includes the *badantes* (those who look after the old and disabled), which, along with the *colfs* (a euphemism for "domestic collaborators," who range from cooks to cleaners), make up a female services army from countries outside of the European community. These workers are mostly middle-aged women, who pay a high price for "integration" into the First World: they leave their own families behind in their countries of origin, maintaining them with the money they send, in order to look after others. At the other extreme there are the "problem-immigrants," embodied in the figure of the *roma*, the Gypsy people, to whom, as the title of a CIPSI (Coordinamento di Iniziative Popolari di Solidarietà) NGO report puts it, "history has never been kind." Suffice to remember that a million gypsies are believed to have died during World War II, according to the United States Holocaust Memorial Museum in New York, mostly in Nazi extermination camps. Today, there are around ten million Roma in Europe, originating in Romania, the countries of former Yugoslavia, and other parts of Eastern Europe. To the general public, the Gypsy people appear to be a breeding ground for all kinds of crime: both a scapegoat and a threatening under-

class, the Roma combine cultural alterity and economic unproductiveness. Recently, in mid-2010, Nicolas Sarkozy's French government embarked on a systematic expulsion of Gypsies from Romania and Bulgaria (the two countries whose citizens require visas, even though they are part of the European union).

All in all, it is not only detention camps that reveal the magnitude of migration (the Diaspora) as a humanitarian tragedy on a global scale, but the unprecedented escalation of *dispositifs* of control and differentiated punishment. This spiral confirms that European countries, in their determination to erect "a wall against illegal immigration" at any price, have embarked on a dangerous path towards the systematic violation of human rights.

Private Housing Estates and Mechanisms of Control

While it may be true that there are no internment camps in Latin America, this is offset by the fact that the region has prisons overflowing with the poor, and, increasingly, gated communities where the rich live. New walls are going up in a rush to separate the rich from the so-called dangerous classes. So while the enclave model is spreading throughout Europe in the disturbing guise of the "camp," and defining new modalities of control and discipline in North-South relations, inside the societies of the "underdeveloped" South, these new mechanisms of control seem to be taking the form of gated communities, above all. And while detention camps are governed by a logic of confinement, gated communities set themselves up as machines of exclusion. Even so, the tendency towards segregation and extraterritoriality seems to be the rule in both cases.

In this case too, there is a local toponymy: they are **gated communities** in the United States, **condominios** in Chile, **condominios fechados** in Brazil, **fraccionamientos** in Mexico, **barrios cerrados** or **countries** in Argentina. But beyond the local variants, these kinds of housing estates - which are based on the North American model of the single-family home and private security - have spread markedly in recent decades. In São Paulo, for instance, there has been a rapid increase of these enclosed enclaves, which take the form of luxury fortresses in the heart of one of Brazil's richest and largest cities. Meanwhile, countries and private neighbourhoods spread in

Argentina during the nineties, against a background of State restructuring that took power away from the public sphere and commercialised (privatised) basic services such as health, education and security. Transformed into an exchange value, security became an expensive and increasingly valued asset, and simply possessing it has become a powerful marker of social boundaries and, even more so, of different citizenship categories. As such, the residents of gated communities represent the triumph of a liberal model of property-based citizenship, which was built on the figure of the citizen-owner on one hand, and on the need for self-regulation - one of the leit motifs of liberal society in the age of globalization -, on the other. This type of residential lifestyle also entails the activation of a spatial border for the emphatic separation between "inside" and "outside," so as to prevent the kind of mixing that takes place in open spaces, and sets up de facto models of "private justice" that tend to strengthen the extraterritorial nature of the new housing estate, in keeping with the dynamics of the enclave.

Given the widening urban divide, on the opposite extreme of the gated communities we have the ghettos of the poor, which shelter those who are excluded from the system. But there is something even more significant than the increasing contrasts, which is the expansion of **barred neighbourhoods** for the middle- and lower-middle-classes. Their tendency towards military defensiveness, which can be seen in the ever-increasing height of the bars, and the proliferation of walls and sentry boxes, confirms that the paradigm of control and security is taking hold in society in general. As such, it is hardly surprising that movements demanding greater security have emerged in several Latin American countries, and that these movements usually bring together a broad cross-section of society, affected by the increase in extortionist kidnappings, crimes against property, and thefts followed by murder. With the support and encouragement of the mainstream media, their demonstrations and meetings appeal to the government as being responsible for the situation of insecurity, and provoke sporadic responses from political authorities through the toughening of criminal legislation and security programs that increase police presence in public space and the increasing militarization of underprivileged areas. As María Emilia Tijoux writes, "fear spreads through cities changing both State policies and the face of society." More and more acts of "urban violence" are being reported, leading to the mobilisation of police services assigned to the intensive surveillance of poor areas, as well as the increasing repression of street vendors, of disturbances and what is considered "deviant" behaviour by young people, and of the presence

of children on the streets. In this context, the State has been reinforcing a repressive and criminalizing model, leading to the emergence of a "Security State," or, at the extreme, a "Penal State," that criminalizes poverty through the actions of police institutions. The figure of social dangerousness thus tends to become focused on the poor young inhabitants of marginal neighbourhoods, who come to be considered as a new kind of "surplus population."

Ultimately, as illustrated in the Argentinean case, in spite of the apparently impregnable private housing estates, the crimes committed "inside" the communities and the wave of kidnappings and thefts have brought down the myth of the unsailable fortress that was held dear in the nineties, and, with it, the illusion of total security. This confirms that, beyond social fragmentation, beyond the existence of islands, of self-referential universes with designated spaces for consumption, work, and protected socialising, the logic of the enclave is nowhere near configuring a watertight system.



The enclave as a typical form of the paradigm of control and security, and the wall as a major **dispositif**, are modulating and redefining some of the problematic nodes of contemporary society: that of the relationship between the rich North and the impoverished South, and that of the internal relationships between different societies within a single nation. For a Europe that is living under the turbulence of double discourses, this disturbing figure of the "camp" inside its societies and beyond its borders poses an ethical and humanitarian problem. At the same time, it offers a "practical" solution to the ever-changing, differentiated treatment of immigration, away from any controlling gaze and in the midst of the indifference of European citizens. Nevertheless, none of these repressive measures seem to stem the constant flow of migrants from the South and the East, who are shaping a Europe that is culturally diverse, but profoundly inconsistent in its citizenship categories.

Meanwhile, in Latin America, private housing developments are proliferating and more walls are going up, while jails are bursting at the seams, overflowing with poor young prisoners, in the face of a State that is prone to adopting penal populism in

different forms. All this in a context without comprehensive policy, and in which the Left, as in other parts of the world, is lacking proposals in relation to security. It is clear that the enclave model encourages - and is nourished by - the growth of the public over the private. This holds whether the private takes the form of a mechanism of discipline and control on populations that are considered “dangerous,” or as a mechanism of appropriation - by a company or a private agent - that encroaches resolutely on public space. The spread of an enclave logic must thus be understood as a strategy of apartheid applied by wealthier populations - and countries -, in a context of growing inequality and exclusion. At the same time, it is also an important element of the reconfiguration of the relationship between the public and the private, that is, a further expression, an increasingly ambitious step towards the expropriation and the colonization of the public by the private.

Cited References

- Giorgio Agamben, *STATE OF EXCEPTION*, Chicago: University of Chicago Press, 2005.
- Hanna Arendt, *THE ORIGINS OF TOTALITARIANISM*, 1951 (public domain edition: <http://memory.loc.gov/cgi-bin/ampage?collId=mharendt&fileName=05/051930/051930page.db&recNum=0>).
- Alessandro Petti, *ARCIPELAGHI E ENCLAVE. ARCHITETTURA DELL'ORDINAMENTO SOÁIALE CONTEMPORANEO*, Milan: Bruno Mondadori, 2007.
- Sandro Mezzadra, *LA CONDIZIONE POSCOLONIALE, STORIA E POLITICA NEL PRESENTE GLOBALE*, Verona: Ombre Corte, 2008.
- Enrica Rigo, *EUROPA DI CONFINI. TRASFORMACIÓN DELLA CIDADINANZA NELL'UNIONE ALLARGATA*, Rome: Meltemi, 2007.
- Maristella Svampa *LOS QUE GANARON. LA VIDA EN LOS COUNTRIES Y BARRIOS PRIVADOS*, Buenos Aires: Biblos, 2001.
- Maristella Svampa, *LA SOCIEDAD EXCLUYENTE. LA ARGENTINA BAJO EL SIGNO DEL NEOLIBERALISMO*, Buenos Aires: Taurus, 2005.
- María Emilia Tijoux, “CÁRCELES PARA LA TOLERANCIA CERO: CLAUSURA DE POBRES Y SEGURIDAD DE CIUDADANOS”, in *Última década*, March, nr. 16, Centro de Investigación y Difusión Poblacional Achupallas, Viña del Mar, March 2002.

Ubiquitous Walls, Porous Borders

JOSÉ ÁNGEL BRANDARIZ GARCÍA AND AGUSTINA IGLESIAS SKULJ

In 1990, Gilles Deleuze published the short text “POSTSCRIPT ON THE SOCIETIES OF CONTROL” in a French magazine targeted at a general readership. It proved to have a much greater intellectual impact than would be expected from an article published in such a medium.

Barely five years earlier, Michel Foucault’s untimely death had prevented him from fully developing his analysis of the diagrams of power and the management of individuals and populations through technologies of punishment and control. The publication of *DISCIPLINE AND PUNISH* in 1975, in which Foucault developed his theory of disciplinary dispositifs by means of his usual genealogical methodology, had been one of the milestones of this analysis. Nevertheless, it seemed clear that this text had not exhausted Foucault’s thinking on the subject, and that the philosopher understood the need to identify the logic that came after the peak of the disciplinary society. But, excepting the last chapter of *THE WILL TO KNOWLEDGE* (1976), he left nothing but hints scattered through short interviews and texts.

This may help to explain the great impact of Deleuze’s succinct analysis of “control societies” published two decades ago. Indeed, in the article, Deleuze offered some clues towards conceiving a diagram of control subsequent to the disciplinary one. Among them, the suggestion that control has overflowed traditional spaces of enclosure and spread throughout society as a whole, and that it is currently specifically focused in the (environmental) governance of mobility, which has become a basic characteristic of today’s so-called “high-risk” groups. Consequently, the normalisation of individuals - which was a core goal of disciplinary logic - is now considered non-viable, inappropriate, and no longer central. It has been replaced by the management of population groups, an aim that is more in keeping with the rationality of biopower.

The ideas contained in that text offered - and continue to offer - many thought-pro-

voking suggestions for thinking about power and control in the postmodern age. In addition to other considerations, Deleuze's appeal to telematic mechanisms for mobility control as an archetype of risk management measures in control societies was consistent with the idea that prisons were becoming less important both physically and symbolically, a theory that was quite widespread in certain Anglo Saxon circles.

It is less easy to understand why Deleuze's analysis was interpreted to mean that the disciplinary stage had definitively come to an end, as though normalization had ceased to have any meaning whatsoever in the postmodern age and had been totally replaced by the mobility management rationalities of the age of control.

This epistemological error may lie behind the spread of an inadequate approach to the analysis of migrant management in recent decades, an approach that has failed to distance itself from the official rhetoric on the issue, and that underlies the widespread use of expressions like Fortress Europe¹. There is a certain one-dimensionality to this vision, which is unable to perceive the expression of (neo)disciplinary forms of biopolitical management in relation to the issue of borders.

This analytical approach assumes that once the disciplinary normalisation stage has ended, border control policies start to treat migrant subjects simply as "aliens" - mobile human lives that are only destined for exclusion from European territory. Accordingly, aside from certain mechanical processes of movement in space, borders would continue to take the form of rigid lines which are intended to dichotomically delimit inside-outside spaces, and preordained to exclude aliens. In this vision - in the analyses of authors such as Zygmunt Bauman, Andrea Mubi Brighenti and Alessandro Dal Lago, for instance - migrant subjects are simply elements whose function is to reinstate the institutional legitimacy of the status of borders, of social cohesion and national identities - in short, of the "new" governmental management of the social through security.

This approach - which is consistent with the official rhetoric - appears to be immediately deducible from the adoption of detention centres and expulsion as key measures

¹The use of this expression can be seen, for example, at <fortresseurope.blogspot.com>, one of the most important portals on issues of migrant control in Europe. Leaving aside the criticism that the expression deserves, there is no doubt that it has a clear symbolic valence, in that it expresses the xenophobic echoes of the politics of border control by taking up an expression that had been used by the Nazis in World War II.

for the management of migrants on European territory. And it also seems to have gained legitimacy as a result of widely publicised theories such as Giorgio Agamben's analysis of detention centres. Nevertheless, it is worth paying attention to authors such as Judith Butler and Michael Hardt and Antonio Negri, who, particularly in recent times, have pointed out the excessively one-dimensional and apolitical nature of of Agamben's analysis of dispositifs of power and control (of migrants). In view of these shortcomings, it seems fitting to go back to a more complex, microphysical and conflictive concept of power which includes resistances - in this case, the agency of migrants -, such as that put forward by Foucault.

It is indeed pertinent to mention Foucault in this regard. In 2004, his 1978 and 1979 courses at Collège de France (essentially SECURITY, TERRITORY AND POPULATION And THE BIRTH OF BIOPOLITICS) were published in French, and in the course of the next few years they brought about a noticeable change in the approach of analyses of power and control based on this vector of post-structuralist theory. They finally made a fuller and more detailed Foucaultian analysis of diagrams of power possible.

These texts definitively revealed the epistemological error mentioned earlier. The stage that came after the peak of the disciplinary society - whether we call it the control society, the security society, or governmentality - did not imply closure and moving beyond the logic of normalization. On the contrary, control now appears in hybrid forms that combine management (the logic of control or security), and normalization (disciplinary logic), and also exclusion (sovereign logic).

This consideration allows a more in-depth approach of the complex rationality of the governance of migrants in the contemporary world. Moreover, it also helps to explain the survival of the prison into our days - contrary to the predictions of theorists in the past - in a version adapted to a teleology based on exclusion. Here, the prison coexists with new forms of normalising reintegration, and is already accustomed to sharing control with a much broader set of measures than the technologies of punishment that went hand in hand with it during much of modernity.

There are very good reasons for trying to understand the contemporary rationality of control from the point of view of how migrant lives are governed, given that this sphere is potentially a true biopolitical laboratory, shaping tendencies that may subsequently be projected onto the population as a whole (this is how authors like Ales-

sandro De Giorgi, Maurizio Lazzarato, Peter Miller and Nikolas Rose postulate it, although Foucault had already posed a theory of the hybridisation or superimposition of different rationalities or diagrams of control at a single moment in history).

From the outset, this hybrid vision of governmental rationalities makes it possible to prove that the status of the border has changed. Borders are still confines for the management of exclusion (and, therefore, of inclusion), but they have undergone an important transformation, which we can describe - borrowing Paolo Cuttitta's metaphor - as a shift from the "line-border" to the "point-border". The border becomes point because it gains flexibility, being subject to constant deterritorialization and reterritorialization processes. The border also ceases to be a line because it no longer delimits space according to the rigid outside-inside dichotomy. And, above all, the border fits the flexible model of the point because it has become a confine that is as much - or more - "inside" than "outside." In fact, it is increasingly clear that, for migrants, borders are no longer located at the boundaries of states, but have spread ubiquitously throughout the whole territory, and can come into effect at any time. This transformation of the border-form has not only been pointed out by a wide range of authors including Étienne Balibar, Sandro Mezzadra, Saskia Sassen and Paul Virilio, it can also be seen in everyday life in the constant police controls, lack of labour rights, difficulties in accessing housing and other basic needs, and capillary expressions of xenophobia. It could even be said that the border is inscribed and carried by each migrant subject wherever he or she moves, as a kind of new form of *ad personam* territoriality.

All of this leads us to qualify what was suggested earlier. The politics of border control rests on the logic of exclusion of the "other" for the purpose of promoting social cohesion (of the local population), of deactivating dissent and of renewing community identities. However, as Sandro Mezzadra and Brett Nielson, as well as Michael Hardt and Antonio Negri, point out, there is another dynamic of equal or greater importance underlying European migratory politics and their specific mechanisms such as expulsion, detention centres and prisons that are getting darker all the time², which is the dynamic of differential and subordinate inclusion. Indeed, the selective filtering that makes migratory flows possible is as necessary to contemporary

²For example, in September 2008 the percentage of foreigners in the inmate population was 69.7% in Switzerland, 49.3% in Greece, 42.6% in Austria, 41.1% in Belgium, 37.4% in Italy and 35.3% in Spain.

governmentality as the sovereign function of exclusion of alterity. Aside from other considerations of a demographic nature, the inclusion of subalterns allows the massive employment of living migrant labour in conditions of utmost flexibility and exploitation, as required by an increasingly post-Fordist productive system. In other words, migrants are on the receiving end of the harshest extreme of the new regime that has come to be known as Workfare - the regime that is taking shape as a result of the evolution from the classic Welfare socio-economic model, which tended to guarantee a certain financial well-being even in situations or periods without access to employment, into the more contemporary model in which even engaging in waged labour does not necessarily guarantee crossing the poverty threshold and fulfilling basic needs.

The politics of border control also includes core elements of normalization of migrant subjects. As such, in the midst of the age of control (or security) societies, border control takes the form of a (neo)disciplinary *dispositif* that is clearly biopolitical in nature, to the extent that it is not projected onto each individual subject but onto the migrant population as a whole.

The fortress is not the architectural metaphor that allows us to understand the keys of biopolitical management of borders and migrants. A much better metaphor is the Argentinian "country" phenomenon, or other kinds of closed/gated communities that have spread throughout urban transformations over the past two decades. Their obsession with security, opulence blighted by mixophobia, porous walls, integration of subalterns by means of the need for living labour, and "racialized" hierarchies speak to us of the true nature of today's confines and borders.

Bibliography

- Giorgio Agamben, *HOMO SACER: SOVEREIGN POWER AND BARE LIFE*, Stanford, CA: Stanford University Press, 1998.
- Étienne Balibar, *NOUS, CITOYENS D'EUROPE?*, Paris: La Découverte, 2001
- Zygmunt Bauman, *LIQUID MODERNITY*, Cambridge: Polity, 2000.
- Andrea Mubi Brighenti, *TERRITORI MIGRANTI. SPAZIO E CONTROLLO DELLA MOBILITÀ GLOBALE*, Verona: Ombre corte, 2009
- Judith Butler and Gayatri Chakravorty Spivak, *WHO SINGS THE NATION STATE?*, London: Seagull Books, 2007.
- Paolo Cuttitta, *SEGNALI DI CONFINE. IL CONTROLLO DELL'IMMIGRAZIONE NEL MONDO-FRONTIERA*, Milan: Mimesis, 2007.

Alessandro Dal Lago, *NON-PERSONE. L'ESCLUSIONE DEI MIGRANTI IN UNA SOCIETÀ GLOBALE*, Milan: Feltrinelli, 2004.

Gilles Deleuze, *POSTSCRIPT ON THE SOCIETIES OF CONTROL*, Cambridge, MA: MIT Press, 1992

Alessandro De Giorgi, *IL GOVERNO DELL'ECCEDEZZA. POSTFORDISMO E CONTROLLO DELLA MOLTIPLICAZIONE*, Verona: Ombre corte, 2002.

Andrew Dilts and Bernard E. Harcourt, "DISCIPLINE, SECURITY AND BEYOND: A BRIEF INTRODUCTION", in *Carceral Notebooks*, Vol. 4, 2008 (http://www.thecarceral.org/cn4_dilts-harcourt.pdf).

Michel Foucault, *DISCIPLINE AND PUNISH: THE BIRTH OF THE PRISON*, New York: Random House, 1977

Michel Foucault, *THE HISTORY OF SEXUALITY VOL I: THE WILL TO KNOWLEDGE*, London: Penguin, 1976

Michel Foucault, *SOCIETY MUST BE DEFENDED*, New York: Picador, 2003.

Michel Foucault, *SECURITY, TERRITORY, POPULATION*, New York: Picador, 2004.

Michel Foucault, *THE BIRTH OF BIOPOLITICS*, London: McMillan, 2008.

Michael Hardt and Antonio Negri, *COMMONWEALTH*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2009.

Maurizio Lazzarato, *POR UNA POLÍTICA MENOR. ACONTECIMIENTO Y POLÍTICA EN LAS SOCIEDADES DE CONTROL*, Madrid: Traficantes de Sueños, 2006.

Sandro Mezzadra, *DIRITTO DI FUGA. MIGRAZIONI, CITTADINANZA, GLOBALIZZAZIONE*, Verona: Ombre corte, 2001.

Sandro Mezzadra and Brett Neilson, "BORDER AS METHOD, OR, THE MULTIPLICATION OF LABOUR", *TRANSVERSAL: BORDER, NATIONS, TRANSLATIONS*, June 2008 (<http://eipcp.net/transversal/0608/mezzadraneilson/en>).

Peter Miller and Nikolas Rose, *GOVERNING THE PRESENT*, Cambridge: Polity, 2008.

Emmanuel Rodríguez, *EL GOBIERNO IMPOSIBLE. TRABAJO Y FRONTERAS EN LAS METRÓPOLIS DE LA ABUNDANCIA*, Madrid: Traficantes de Sueños, 2003.

Saskia Sassen, *A SOCIOLOGY OF GLOBALIZATION*, New York: Norton, 2007.

Paul Virilio, *CITY OF PANIC*, Oxford: Berg, 2005.

Slavoj Žižek, *FIRST AS TRAGEDY, THEN AS FARCE*, London: Verso, 2009.

Barb Wired Networkers in the control society

BRIAN HOLMES

Recently some friends invited me to an outdoor barbecue at their new place, a former forklift repair shop in a mixed residential/industrial district of downtown Baltimore. We had just finished a seminar on electronic finance and the slow-motion crisis of global capital. The last rays of the sun glinted on silvery clouds of razor-wire, installed on top of cyclone fences by the forklift dealers to protect their inventory. Later on, as drink ran free and the conversation drifted across the face of the earth, police helicopters came to rake the surrounding ghetto with spotlights. That's the drill in Baltimore, they told me. Our conversation continually returned to my friends' new space and what might happen there - whether the role of "urban pioneer" was an avoidable fate for community activists or an inexorable destiny for white rebuilders in a crumbling black neighborhood. The gentrified districts of the city center were just a few blocks away, across the freeway bridges.

Luxury enclaves with security walls and guards at the gate are an omnipresent feature of today's urban and suburban scenes. What I want to focus on is not that landscape of privilege, but a parallel headspace where images of glittering barbed wire mingle intermittently with the pulsating light of communications networks. In the decade of the 2000s the middle-class love affair with digital nomadism resolved into a highly ambivalent awareness of the new precarity faced by today's productive subjects, the postmodern multitudes whose desires were supposed to warp freely across planetary tangles of fiber-optic cable. The real-estate collapse that touched off the current wave of DIY urban pioneering has left its protagonists with a sharply intensified sense of the economic and existential limits that traverse the "smooth space" of financially driven globalization. Networks have become razor-sharp in our era. The zones of inclusion and exclusion they define are as agile, as mobile, as hyper-individual as the worlds of calculated risk they configure. The question in my head is whether common places can be created in this landscape of private domains and insulated, criss-crossing signals.

How this ambivalent consciousness came to be is worth remembering, because mentalities, like technologies, are path dependent. They lock into ideological forms on the basis of relatively arbitrary decisions made early on, at a time when other horizons were still wide open. A decade ago, in a text called "The Flexible Personality," I tried to retrace the subtle turnabouts whereby the counter-cultural values of the sixties and seventies, emphasizing spontaneity, creativity, cooperation, diversity and openness to present experience, were gradually naturalized as the desirable attributes of an entrepreneurial labor force able to generate a profit from the linguistic recombinations of the knowledge economy. What emerged in the eighties and nineties, as a kind of compromise-formation between cultural critique and corporate demand, was the ideal-type of the intellectual and affective worker, smart, friendly, mobile, connected, inventive and nominally autonomous, while in reality closely tethered to a digital infrastructure that enables both heightened productivity and ubiquitous on-the-job surveillance. Of course, the flexible worker was also an eager consumer, notably of the networked informatic technologies on which the "new economy" was founded.

This figure of the flexible prosumer was the deliberately cultivated brainchild of managers and advertisers; yet it was ardently desired and passionately lived by thousands and then millions of people who were no longer willing to accept the mix of discipline, restraint and hypocrisy that had been required of former generations of industrial and white-collar workers. The outrageous gestures of sixties - particularly in the domains of sexuality, personal expression and cultural eccentricity - became coded signifiers in a symbolic hierarchy of economic power where "creativity" was the magic formula, the key that opened every door, mediating as it did between the entrepreneurial concept of innovation and the bohemian image of artistic freedom.

In a hi-tech economy with sophisticated consumer markets, entrepreneurialized creativity was directly productive in fields like design, image-making, advertisement and entertainment, as the Italian autonomists began to observe in the mid-nineties. Yet this direct productivity - the hybrid, theoretically uncontrollable basis of Toni Negri's "ontology of living labor" - was only part of the picture. At the outset of the globalization boom, individual creativity was also the wild-card signifier of potential future earnings, the human-capital equivalent of a promising patent, a hot stock or a maverick start-up. To "be creative" was to stage this human potential for the benefit of a speculative gaze, like a fashion model parading on a runway or an aspiring young painter hanging work in a downtown gallery. Queer theorists in the wake of Judith

Butler had used the notion of performance to define an embodied singularity, at once ethically charged and elusively perverse, open to multiple becomings. But the activity of subjective performance took on a whole new valence under the hothouse conditions of financially driven globalization, where cultural display becomes the signifier of a possible monetary value. It was increasingly obvious that waves of real-estate investment could transform an entire urban core, whether sunk in industrial decay like Manchester or Buenos Aires, or mired in crime and underdevelopment like Rio or Mumbai or Lagos. So local elites began to deliberately cultivate the hothouse flower, through the targeted transformation of demonstration districts inhabited by tantalizingly exotic creatures. Once installed, a few baubles of gaudy postmodern architecture could provide the urban theater for a potentially endless series of speculative performances, in which aspirant subjectivities courted the tremendous virtual wealth now flowing through the computerized circuits of global exchange.

The new economy crash of the year 2000, followed by the terrorist crash into the towers of world trade, put an end to the first big speculative cycle of the globalized era. A different ideal-type - the dark *doppelgänger* of the flexible personality - emerged from the ashes and has continued evolving up to the present. This new figure is the "super empowered warfighter" heralded by the networked Al Qaeda operatives and durably incarnated by the Anglo-American intelligence agents, hi-tech mercenaries and special forces troops of the Iraq and Afghanistan campaigns, whose equipment, budgets, missions and supportive institutions all underwent tremendous expansion in the course of the last decade, not only in the UK-USA but all over the world. The same decade saw an industrial boom in every imaginable kind of security system, for applications not only military but also corporate and civilian. Even more ominously, the design of driverless urban vehicles and weapon-wielding robots began to catch up with the already ubiquitous production of pilotless drones. Machines and human beings were now perfectly integrated elements in a flexible machine-system that operates not on desires but on coded orders. Yet the pliant and appetitive subjectivities of the eighties and nineties are at antipodes from the resurgent discipline of the warfighter, no longer simply animated by the fluctuating signals of cybernetic technologies but imbued to the core with their relentless, target-seeking purposes.

At the outset of the Bush-era wars, theorists on both the left and the right began proclaiming the advent of a new imperialism, accompanied by a profound re-statement of the economy that would consign the fevers of cosmopolitan finance to

oblivion. The pendulum seemed to have swung from immaterial labor to boots on the ground, or from a newfangled electro-capitalism back to the old expropriating and extractive one. As we know, however, the interruption of the speculative boom was only temporary: the stock markets soon resumed their wild ride, and during the phase of “mega-gentrification,” from 2003 to 2008, the hidden connection between the urban grounds of real estate and the abstractions of virtual finance became obvious to everyone. No less obvious is the violence with which the aesthetic desires and acquisitive aspirations of millions of precarious performers can be dashed in an eyeblink, while the cyborg traders just go on raking it in, like croupiers at a casino table where the house always wins. It is as though the expansive, opportunistic trend of contemporary capitalism were inhabited by a predatory double, cutting back against its own grain. How to understand the seemingly contradictory principle that has governed the global political economy over the course of the last decade?

An answer could be sought in the concept of “safety-and-security devices” (*dispositifs de sécurité*) introduced by Michel Foucault as far back as 1978, in *SECURITY, TERRITORY, POPULATION*, the first of his two courses on the genealogy of neoliberalism. By examining eighteenth-century treatments of plague, famine and above all, urban circulation, Foucault discovered a logic very different from that of the disciplinary institutions which had preoccupied him in the early years of the decade. What he realized, just before the arrival of Thatcher and Reagan to power, was that a liberal art of government could be founded on the statistical analysis of a population in its freedom, when certain commonly chosen behaviors (pleasurable, profitable or healthy ones) are reinforced by the creation of regulations and infrastructures designed to permit their expression in purified and optimized forms. Thus, vehicular traffic through a city should not be restricted or constrained in the name of discipline or sovereign command, but instead, encouraged in its fluidity and discreetly channeled into the pattern that generates the greatest amount of profitable trade and allows for the clearest and most predictable dynamic of urban growth. Deviations from this pattern should not be punished systematically, but rather analyzed for their degree of disruption and simply ignored if they are inconsequential. Only the directly harmful behaviors are interdicted and their authors repressed, not on moral or ideological grounds, but according to strict criteria of functionality and accountancy. The aim of liberal governance is not to punish, transform or even save individuals, but merely “to reduce the most unfavorable, deviant normalities in relation to the normal, general curve.”

Foucault goes so far as to say he was wrong when he claimed, just years before, that the disciplines were the coercive “dark side” of Enlightenment liberties, the effective mechanisms of power beneath the idealistic surface of liberal theory. Instead he now maintains that “freedom is nothing but the correlative of the deployment of security devices.” This paradoxical claim, formulated with extreme irony, has been verified in the logic of the policing paradigm introduced by the anti-terrorist campaigns of the Bush era. That logic was immediately extended, often by private security firms, to every kind of “deviant” profile, in a rationalized witch-hunt that has come to represent a significant economic sector in its own right. Control itself is a growth industry, a pattern to be optimized. What Foucault did not foresee is how cancerous such a pattern would become in our period, now that the neoliberal “art of government” has entered into crisis. For even as police operations multiply, predatory financial strategies which also depend on an analysis of statistical patterns in the population are becoming equally invasive, generating economic ruin among the former middle classes and precipitating more and more individuals into positions of potential deviance, requiring further police control. What’s astonishing is the quasi-instantaneous propagation of this vicious circle throughout the world network, with intimate consequence for the multitudes of individuals involved. With each fresh outbreak of chaos in the circuits of exchange, the paradoxical and increasingly painful feeling of being caught in a **barbed electronic flow** can only intensify - to the point where a hardened entrepreneurial ideology is finally ready to explode, scattering into the heterogeneous disarray of its separate human components.

It is at moments of chaos, panic and disarray, when a hegemonic figure of the self begins to fall apart, that the question of what might be held in common becomes intensely political. Such a question now arises for the precarious networkers, whose physical and social mobility brings them into contact both with predatory finance and with the rationalized insanity of the police and the military, especially but not only at international borders. For artists who find themselves in these vicinities, the exploration of hybrid productivity (or even less, of personal creativity) is no longer the central issue. The ontological potential of living labor can all too easily be channeled, “optimized”, turned back against itself. What comes instead to the fore are processes of resubjectivation - that is, the shaping of another self - through the establishment of solidarities, or at least, of experimental cultural exchanges across lines of class, race, nationality and all the other barriers of rank and privilege that have multiplied in recent years. The projects of Marcelo Expósito and Verónica Iglesia

(but also of the Baltimore Development Cooperative to which I briefly alluded at the start) can be approached in this contrasting light. With a warm spirit of generosity and a sharp awareness of the contradictions slicing through their own positions, members of the former middle classes are now working through the fractured urban territories and labyrinthine patterns of controlled circulation that are the legacy of a neoliberal governance in serious decline. The pathways they will take through these ruins depend no longer on the forclosed models of the past, but on the fragile yet open conditions of cooperation in the present. As though the utopia of other possible worlds could only be built from the existential knowledge of real places, and of the people who inhabit them.